

Democracia, neoliberalismo y subjetividad: el emprendedor, u homo economicus, en la literatura foucaultiana

Ignacio Rullansky*

Este artículo brinda una sistematización de la literatura foucaultiana sobre estudios de gubernamentalidad neoliberal. La atención se centra en reseñar una de las más destacadas mutaciones que el neoliberalismo imprime en la democracia liberal: la configuración de la subjetividad del “emprendedor”, un nuevo homo economicus. Consiguientemente, estas páginas apuntan a facilitar a los lectores un mapa de los aportes teóricos realizados por los continuadores más contemporáneos de Michel Foucault sobre la cuestión, para entender la relación entre biopoder y gubernamentalidad neoliberal. Esto lleva a examinar una reformulación de la noción de libertad. Inscripto en la grilla de inteligibilidad del mercado, el homo economicus del neoliberalismo da cuenta de la economización de múltiples esferas de la vida. El texto ofrece un comentario final en torno a sucesivas mutaciones propulsadas por el neoliberalismo en contra de la democracia liberal, que se enhebran actualmente con el surgimiento de proyectos políticos neo-autoritarios.

PALABRAS CLAVE: Democracia – gubernamentalidad – neoliberalismo – subjetividad.

This article provides a systematization of the Foucauldian literature on studies of neoliberal governmentality. The attention is focused on reviewing one of the most outstanding mutations that neoliberalism prints in liberal democracy: the configuration of the subjectivity of the “entrepreneur”, a new homo economicus. Consequently, these pages aim to provide readers with a map of the theoretical contributions made by the most contemporary Foucauldian scholars on the issue, to understand the relationship between biopower and neoliberal governmentality. This leads to examine a reformulation of the notion of freedom. Immersed in the grid of intelligibility of the marketplace, the homo economicus of neoliberalism accounts for the economization of multiple spheres of life. The text offers a final comment on successive mutations propelled by neoliberalism against liberal democracy, which are currently articulated with the emergence of neo-authoritarian political projects.

PALABRAS CLAVE: Democracy – governmentality – neoliberalism – subjectivity.

Introducción

Primero circularon los célebres *cassettes*, en donde se replicaba la voz del profesor. Siguieron las correspondientes anotaciones y transcripciones informales que registraron sus palabras. Luego se publicaron oficialmente clases, entrevistas y borradores en formato de libro (Foucault, 2014, 2014b, 2014c, 2012). Entre las décadas de 1980 y 1990, las nociones asociadas a la gubernamentalidad neoliberal desarrolladas por Michel Foucault provocaron una notable consideración entre nuevas generaciones abocadas a la teoría social y política.

Numerosos discípulos póstumos han tomado el canon foucaultiano, reinterpretao y reversionando las enseñanzas

sobre el “arte de gobierno” característico de los modos contemporáneos de ejercer el poder político. Por lo pronto, de aquellos tiempos próximos al fallecimiento del arqueólogo del saber, en 1984, tres años antes que Margaret Thatcher sentenciara *there’s no such thing as society*: fórmula que conjura el advenimiento de la racionalidad política neoliberal y su afirmación como programa político y económico.

Semejante extinción de la sociedad cristaliza el desmantelamiento de formas de socialización propias de la construcción de sentidos comunitarios y políticos característicos de la democracia liberal. Por ende, de las prácticas constituyentes de una subjetividad en línea con actores que se saben, precisamente, sujetos de derecho. Es

* Ignacio Rullansky. Becario Postdoctoral del CONICET en EIDAES, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Profesor de grado y posgrado en UNSAM y en Universidad Torcuato Di Tella. Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). MA en Asuntos Internacionales, The New School. Mg. en Ciencia Política, EIDAES, UNSAM. Sociólogo y Profesor en Sociología, UBA.

decir, ciudadanos que usufructúan su libertad, capaces de expresarse y de asociarse, de inscribir sus expectativas en los mecanismos e instituciones del Estado y propugnar el reconocimiento de identidades y derechos. Brevemente, se trata de ciudadanos que sufragán y, por ello mismo, que son igualmente susceptibles de ambicionar el ejercicio de cargos públicos, es decir, que supongan la representación de sí y de otros a partir de una multiplicidad de repertorios de organización y asociación para actuar en la esfera pública como actores políticos.

La genealogía de la episteme neoliberal llevó a Foucault (2012) a toparse con sus raíces en los períodos de pre y post guerra, con los postulados de los ordoliberales de la Escuela de Friburgo y los liberales de la Escuela de Chicago. El establecimiento de proyectos inspirados por estas lecturas desplazaron los modelos asistencialistas y los modos de explotación y acumulación posfordistas.

Como resultado, y como bandera, dichos proyectos reivindicaron un nuevo rol del Estado ocupado en nuevas obligaciones y responsabilidades para con su población: eminentemente, facilitar la inversión y la iniciativa privada a partir de la disposición de servicios, infraestructuras y recursos públicos. Subsiguientemente, las mutaciones correlativas a esta transformación del Estado representan una nueva forma de subjetividad política: la configuración de un actor que reinterpretará el significado de su libertad y de la relación consigo y con los otros.

En el despliegue de gubernamentalidad neoliberal el cuerpo humano, las instituciones y los cuerpos colectivos se tornan maleables a expectativas de gobierno. En línea con Foucault, Brown (2015), Han (2014) y Dilts (2011) caracterizan una noción neoliberal de capital humano basada en vínculos entre libertad, verdad y realidad: la primera pasa a ser una elección “racional”, que hallará su ámbito de verdad en el mercado y cobrará realidad en un complejo juego estratégico.

Habrà pues, conductas “construidas” como si fueran racionales y, partiendo de esa premisa, aspiraciones de ejercer el control sobre dichas conductas. Irreductible a la distinción de un mismo patrón para todo tiempo y lugar, en vez de concebir al neoliberalismo desde un solo prisma puede hablarse de procesos “variegados” de neoliberalización y/o de “neoliberalismo realmente existente” (Theodore, Peck y Brenner, 2013). Este concepto se refiere al carácter multi-escalar e inter-jurisdiccional de procesos de transformación institucional y de marcos regulatorios en las relaciones Estado-sociedad civil-mercado, que poseen una dimensión global, transnacional, que están efectivamente interrelacionados, pero que guardan singularidades específicas.

La neoliberalización no exhibe, según esta noción, una misma expresión en todo tiempo y lugar, sino, que se trata de un

proceso discontinuo y con características disímiles conforme a la geografía: exhibe temporalidades y presencias dispares (Peck & Theodore, 2007; Brenner, Peck, & Theodore, 2010a, 2010b; Peck, 2011). Los giros señalados componen rasgos comunes, sin embargo, comunes a la diversidad de experiencias posibles: eminentemente, la valorización de todo dominio de vida en base a un comportamiento “empresarial”, localizan al sujeto del neoliberalismo como agente económico que, en tanto ciudadano, pertenece a un Estado que se comporta como “firma”, como empresa.

Pero el neoliberalismo representa más que una forma revolucionaria del capital humano: señala la posibilidad de una nueva racionalidad política (Dilts, 2011). De la gubernamentalidad germinarán nuevas técnicas y prácticas para abordar la conducción de las conductas de sujetos que existirán eminentemente como emprendedores de sí, involucrados en prácticas auto-interesadas como inversión personal. La noción de gubernamentalidad construye teóricamente al neoliberalismo como una realidad política-económica, pero sobretodo, como un proyecto político que apunta a forjar una realidad social que, sugiere, ya existe (Lemke, 2001, 2002).

En estas páginas, me interesará recuperar y sistematizar los aportes más recientes de la corriente de estudios foucaulteanos sobre gubernamentalidad neoliberal. La propuesta será brindar una lectura que conecte un estado del arte dispuesto a comprender la especificidad del sujeto del neoliberalismo, el significado de su libertad, y en cómo se vincula esta configuración en torno a la mutación más general que afecta a la democracia como modo de institución de la vida compartida. Para ello, me ocuparé de presentar distintas dimensiones estudiadas por los autores – aquí me enfocaré eminentemente en algunos aportes específicos introducidos por Brown, Lemke y Han – que han logrado mayor prominencia en la tarea de interpretar y actualizar: a) el desconcertante esfuerzo por definir la biopolítica y la gubernamentalidad; b) la desinteriorización del sujeto y la interpretación de la libertad como un activo a explotar; c) la economización de las relaciones sociales y políticas; d) la relación entre libertad, verdad y mercado.

Por último, me interesará concluir brindando algunos comentarios generales acerca del estado más inmediato a la fecha de escritura de estas líneas, de las discusiones a las que se dirigen, o que intentan responder, los estudios sobre gubernamentalidad neoliberal, en razón del surgimiento de proyectos políticos que parecen evocar una modulación hacia otros modos de transformar los regímenes políticos democráticos.

No me refiero a las mutaciones más eminentemente propias del neoliberalismo, sino del rechazo liberal de

rasgos elementales de la democracia, característicos de neoautoritarismos y proyectos políticos de las Nuevas Derechas, a los que reacciona, por ejemplo, Wendy Brown en su último libro de 2019, *In the ruins*, título que es indudablemente evocativo de una noción: si un proyecto postulaba que no existe tal cosa como la sociedad, apuntando a la fragmentación y desdibujamiento de la democracia liberal, existen otros que, actualmente, presionan ante horizontes mucho más destructivos de sus valores, instituciones y estructuras. Pero esos proyectos, en definitiva, ¿no son, también, fruto de la destrucción de la democracia que pregonó el neoliberalismo?

La gubernamentalidad neoliberal y el capital humano

Comencemos, pues, aportando algunas coordenadas fundamentales para comprender la genealogía conceptual de la gubernamentalidad neoliberal. Una pista será la teoría del capital humano. Precisamente, el sociólogo Ulrich Bröckling (2011) recupera el hilo tendido por Foucault rastreando sus premisas en los escritos de comienzos de siglo XX del sociólogo vienés Rudolf Goldscheid y su *Menschenökonomie* que, aunque desde una posición política diferente a la de economistas de la Escuela de Chicago como Gary Becker y Theodore Schultz, esboza puntos coincidentes. Andrew Dilts (2011) analiza a Becker y Schultz sin considerar el contrapunto epistémico que emplea Bröckling, pero realiza un ejercicio análogo de continuación de la indagación foucaultea.

Por su parte, Thomas Biebricher (2011) exploró cómo emergió la noción a partir de los planteos de Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow, referentes de la Escuela de Friburgo: los ordoliberales. El propio Foucault (2012) se había explayado sobre el doble nacimiento del neoliberalismo (en la década de 1930 en Alemania, en las décadas de 1950 y 1960 en Estados Unidos); sus continuadores han profundizado en un punto que ya puede anticiparse: la convergencia de distintas racionalidades en la sedimentación del concepto de capital humano del neoliberalismo.

Asimismo, hallaremos un punto articulador, común, en Dilts, Brown (2015), Han (2015, 2014), Lemke (2002) y los autores antes mencionados. Estos autores observan que la teoría del capital humano presenta al trabajo como una conducta económica ejercida, racionalizada y calculada por un individuo que elige libremente en vistas a obtener un retorno. En pocas palabras, el individuo implicado en el mercado se rige por el lenguaje del capital, la inversión y su carácter emprendedor.

La teoría del capital humano nos introduce, pues, en la cuestión de la relación política entre el sujeto y su libertad, y nos dará un puntapié para entender en qué radica la

singularidad del homo economicus del neoliberalismo. Como empresario de sí mismo, este sujeto procurará obtener el mayor sustento material y posibilidad de goce apoyándose en ese trabajo visto como inversión. El sujeto que cuida de sí, se ve a sí mismo como capital a invertir: la persona y su capital humano pasan a ser indisociables e inseparables una del otro. Los giros neoliberales que Dilts señala implican la comprensión del trabajo como actividad elegida, la re-categorización del salario como ingreso y la subsiguiente recategorización de los flujos de ingreso como dependientes de rasgos específicos a la persona y a su capital intrínseco.

Autores como Han y Dilts señalan un proceso de desinteriorización de este sujeto emprendedor, es decir, un vaciamiento de su subjetividad como persona. Ahora, el emprendedor es más un capataz de su propia explotación que una parte en un proceso de intercambio: es más un conjunto de actividades realizables que un trabajador inscripto en entramados de significados y sentidos de pertenencia vinculados a una identidad de clase, y por tanto, colectiva. Nos topamos, así, con un sujeto mínimo que optimiza el rendimiento de su tiempo explotando su propia libertad como un activo económico.

La analítica foucaultea del poder introduce progresivamente un corrimiento: la atención vira de la noción de poder de la soberanía (el sujeto como objeto de saber/poder en una red de relaciones de fuerza) al ejercicio de aprehender el rol que juegan los sujetos en su propia formación. Para Foucault (2012), la explicación neoliberal de capital humano abre el terreno a la exploración de la subjetividad del emprendedor. El ejercicio del poder desde una perspectiva gubernamental neoliberal propugna conocer esta “máquina de habilidades” para conducir aquellas prácticas auto-interesadas en las que está inmersa. Habrá, pues, que diseñar prácticas y técnicas eficaces en el desarrollo de habilidades a mantener, ajustar y torcer (Bröckling, 2011; Dilts, 2011).

Si la libertad es una elección, las prácticas desplegadas por los sujetos se apreciarán según su retorno: Dilts indica que la eticidad de la gubernamentalidad neoliberal radica en que las prácticas en general sean asumidas como prácticas de libertad, pues si los actores son racionales porque son sensibles, se sacrifica la posibilidad de ser críticos; estirarse al encuentro con otros queda segado por la primacía del auto-interés individual (Bröckling, 2011). Aquí, el regreso del “como si fueran”, hace a los regímenes de verdad en que se constituyen los sujetos.

El sujeto del neoliberalismo asume una forma aparentemente universal porque el capital humano puede extenderse a cualquier persona y sus decisiones sobre sus actividades: como dice Dilts (2011), recordándonos que el sujeto está constituido a partir de sus prácticas, y que las

del neoliberalismo son prácticas de sujeción. Asimismo, este sujeto es gobernable porque actúa libremente y por necesidad de supervivencia: la estructura de incentivos necesarios para actuar y elegir libremente según cálculos, requiere un gobierno (Brockling, 2011).

Como semejantes decisiones auto-interesadas son dependientes de una cierta estructura de incentivos, el gobierno sobre dicha estructura deviene un medio mucho más eficaz que el despliegue de la fuerza. Brockling (2011) argumenta que la expansión de la racionalidad económica a todos los ámbitos de la vida radicaliza esta economía en términos biopolíticos: la interpelación al emprendedorismo de sí implica la capitalización de la vida misma. Respecto a la cuestión del gobierno del entorno del homo economicus del neoliberalismo, Biebricher se remonta a los ordoliberales para recordar que el objeto de las políticas neoliberales para ellos era el “entorno” o “ambiente” social:

“Resulta que gobernar este entorno social de una manera propicia para el funcionamiento de los mercados implica una importante dimensión biopolítica que en su mayoría no se detecta en las discusiones sobre el pensamiento ordoliberal. Sin embargo, especialmente a la luz de un reciente renacimiento de las ideas ordoliberales a raíz de la crisis financiera y económica global [el autor alude aquí a la crisis de las hipotecas subprime de 2008], considero importante señalar que esta dimensión biopolítica es parte integrante de un ordoliberalismo que a menudo se interpreta caritativamente como más benevolente y más humano que su primo de corazón frío de Chicago. Como he tratado de mostrar, esta dimensión biopolítica a menudo toma una forma bastante iliberal y pone al menos en perspectiva las características liberales del ordoliberalismo.” (2011; 190).

El párrafo anterior puede leerse en consonancia con el planteo de Brockling sobre los neoliberales, es decir, los referentes de la Escuela de Chicago:

“En este punto, si no antes, la dimensión biopolítica del gobierno neoliberal, como señala Foucault, se hace evidente. Mucho antes de que los procedimientos relevantes se pusieran en funcionamiento a gran escala, él identificó la lógica de la selección a partir del acoplamiento del diagnóstico genético con la economización del individuo: ‘tan pronto como una sociedad se plantea el problema de la mejora de su capital humano en general, es inevitable que el problema del control, la detección y la mejora del capital humano

de los individuos, en función de los sindicatos y la consiguiente reproducción, se convierta en realidad, o en cualquier caso, se requiera’ (Foucault 2008: 228).” (2011; 261).

Biebricher advierte en la emergencia biopolítica de la gubernamentalidad neoliberal que la naturaleza de la población debe ser respetada: las relaciones sociales sólo admiten una limitada plasticidad para ser conducidas. Puesto que dicha naturalidad no es dada, su producción “obedece” a un cierto sentido: será un gobierno “acertado” el que habilite a los mecanismos naturales de regulación de la población operar “apropiadamente”.

Parafraseando a Biebricher (2011), la noción de biopolítica presenta ciertas ambigüedades no sólo por los variados usos con que Foucault lo conceptualiza, sino porque teóricos como Agamben, Negri y Hardt, también lo usan, pero incluso en sentidos antitéticos a la acepción general foucaultiana, sumado a que la biomedicina amaña la cuestión del biopoder para referirse a problemáticas específicas de la salud. El concepto deviene un *catch-all* que ofrece una vasta polisemia presta a confusiones.

Existe cierto consenso al respecto. Lemke (2002), Biebricher (2011), Han (2015), Brockling (2011) y Brown (2015) advierten sobre los meandros del curso de Foucault de 1978-1979 en el *Collège de France* y dedican, respectivamente, un reparo sobre usos acrílicos del concepto. Todo empieza con la pretensión de Foucault (2012) de indagar en el “nacimiento de la biopolítica” adoptando un desvío¹ primigenio más “largo” de lo esperado. Aunque el concepto se retoma al final del curso, las inquietudes emergentes son múltiples y, a veces, rebasan sus límites.

No constituye un objetivo de este artículo explorar la validez del término biopolítica, ni discurrir en los motivos por los que deba abandonarse o no², pero basta establecer que, en más, me remitiré a ella específicamente dentro del concepto de gubernamentalidad. Biebricher explica que la

1 La siguiente cita ejemplifica los reparos sobre la cuestión: “Este desvío resulta ser mucho más largo de lo planeado originalmente y Foucault pasa casi todo el año con el ordo y el neoliberalismo, disculpándose repetidamente por el hecho de que todavía no ha llegado al tema putativo del curso de la conferencia, a saber, la biopolítica. Pero aunque es posible argumentar que mucho de lo que Foucault tiene que decir sobre el ordo y el neoliberalismo contribuye a una comprensión de la biopolítica porque los dos primeros proporcionan las racionalidades generales para configuraciones específicas de este último, la biopolítica no se menciona explícitamente hasta el final del año. [...] Lo que debería estudiarse ahora, por lo tanto, es la forma en que se han planteado problemas específicos de la vida y la población dentro de una tecnología de gobierno que, aunque lejos de haber sido siempre liberal, desde finales del siglo XVIII ha sido constantemente perseguida por el cuestión de liberalismo. Foucault nunca llevó a cabo ese plan y en cambio se dirigió a otros temas.” (Biebricher, 2011; 171)

2 “Esto no quiere decir que la biopolítica deba descartarse como un concepto, sino que debe servir como una nota de advertencia con respecto a lo que se puede esperar de los intentos de formular una definición inequívoca y directa de biopolítica.” (Biebricher, 2011; 176)

noción de biopoder está definida negativamente, yuxtapuesta a la definición de poder soberano: alentar la vida y desalentar la muerte. Pasando en limpio distintas cualidades del término, alternativamente planteadas y abandonadas por Foucault, éste se basa en la noción de la población y su cuidado regulado³. En el biopoder, el gobierno se compromete a cuidar por el bienestar de la población: de seres vivos.

Dicha regulación del cuidado de la población se distingue por una inscripción diferente del poder soberano-jurídico y del disciplinario: mientras el primero es negativo (castiga) el segundo es positivo (productivo, prescriptivo). La seguridad opera estableciendo umbrales de tolerancia con respecto a prácticas que aprehende como “aberrantes”, considerando el carácter natural de los fenómenos; el arte de gobierno es la habilidad macro de regir sobre las “cosas” que recaen bajo el dominio del Estado.

Por su parte, al analizar su especificidad, Lemke (2002) destaca un movimiento “más allá” de la biopolítica limitada a la existencia de lo físico y lo biológico, para abordar el “gobierno de las cosas” que considera la interrelación entre agencias humanas y no humanas. En resumidas cuentas, indica Lemke retomando a Foucault, el arte de gobierno implica la creación y movilización de un espacio en el que los humanos y las cosas son acomodados, ordenados, sin ser poseídos ni sometidos: son gobernados estratégicamente conforme a prácticas de sujeción y acorde a decisiones presumiblemente individuales, racionales, libres.

En otras palabras, el gobierno de las cosas apunta a un modo de acción que opera incidiendo en la acción de aquellos constituidos como objeto de gobierno, pergeñando un campo de posibilidades: un medio para la inscripción de dichas acciones en tanto sujetos. Las tácticas para disponer del acomodamiento más eficaz se comprobarán en el diseño de programas de gobierno y se manifestarán en el despliegue de sus tecnologías. El sujeto constituido aquí, alentado más que restringido, devuelto a su libertad más que aprisionado, es la población tomada no como especie en el sentido biopolítico duro, sino de acuerdo a la codificación de la racionalidad neoliberal, como colectivo de hombres económicos, sujetos de rendimiento individuales. Entre los conceptos que sirven de “puente” para saldar la brecha entre biopolítica y gubernamentalidad, se cuentan las tecnologías de gobierno, los ensamblajes y los dispositivos (Lemke, 2002; Deleuze y Guattari, 1987).

El neoliberalismo y el sujeto del rendimiento

Byung-Chul Han es, probablemente, quien más elocuentemente ha trascendido los círculos del campo

³ Antes dijimos que la estructura de incentivos del homo economicus requería un gobierno para que el auto-gobierno de libertades tenga lugar, y para que el gobierno de dicho auto-gobierno sea posible y eficaz.

académico en su afán por caracterizar y explicar cuáles son los rasgos más paradigmáticos de la sociedad producida por las mutaciones del neoliberalismo. Las categorías de “sociedad del rendimiento” y, correlativamente, del “cansancio” y de “transparencia” (2021, 2015, 2014) se entrelazan al sujeto del neoliberalismo: un sujeto de rendimiento; uno que participa de la producción de un mundo en el que impera el puro presente y la desmaterialización de las cosas y los afectos.

Este escenario se produce como consecuencia de la reciprocidad entre adelantos tecnológicos y usos y consumos promovidos por dichos adelantos, y la conducta afirmadora de arraigar dichas prácticas como elementos constituyentes de la relación con los otros, con la comunidad en términos políticos y, por ende, de la subjetividad. El sujeto “mínimo” del neoliberalismo, de rendimiento, se resume en la figura de un empresario aislado que deviene explotador voluntario de sí mismo. Este “empresario” vive bajo la ilusión de poder realizar una autoproducción ilimitada, como si fuera una máquina o computadora prescindente de negatividades internas: es decir, valores, ideales, creencias y representaciones, sentidos de pertenencia, prejuicios. Es presunta y únicamente capaz de trabajar y producir valor.

Han señala que el emprendedor pasa a trabajar para el capital y sus necesidades, solamente percibidas como propias. Arrancado de la dialéctica entre fuerzas y relaciones productivas, el trabajador se adentra en un régimen distante de la dictadura del proletariado, horizonte desdibujado a partir de la dictadura del capital. Dilts (2011), Biebricher (2011) y Brockling (2011) dirán siguiendo a Foucault que el trabajador cesa de ser una parte en una relación de intercambio deviniendo en el correlato del ejercicio del poder gubernamental. Estos autores mantienen que el sujeto del neoliberalismo concibe su tiempo y su acción según un cálculo de costos y beneficios. Su propiedad radica en que comprende sus habilidades, tiempo y humanidad como activos a invertirse sopesando decisiones y elecciones asumidas como libres y “racionales”.

Semejante “abstracción” de los demás conlleva un sentido político relacionado a la otredad cultural. En efecto, cuanto mayor sea la consideración negativa de la otredad en las relaciones interpersonales, menos eficiente es el desempeño de la actividad profesional. Las derivaciones del aislamiento del sujeto del rendimiento de Han están íntimamente ligadas con las consecuencias que supone la preeminencia del homo economicus del neoliberalismo de Brown (2015). Me refiero a la no-formación de un nosotros político con capacidad para una acción común: la descomposición del demos.

Asimismo, Brown (2019) advierte a partir de la emergencia de los nuevos populismos nacionalistas y autoritarios, que los efectos de la economización de “todo” afecta no sólo el ámbito del trabajo, la representación política, las relaciones



interpersonales y los afectos, sino también y especialmente la moral. Por tanto, podríamos decir que existen aspectos del neoliberalismo que en su desprecio por la democracia y en la reprogramación de los valores e instituciones liberales clásicas, pueden tender explícita (programáticamente) o no hacia formas de organización política autoritarias, pero que, en el fondo, las transformaciones introducidas por la razón neoliberal son condiciones históricas de posibilidad para su irrupción.

Antes de llegar a ello, retomemos el hilo argumental recuperando la observación de la disolución de los lazos. Primero, señalemos que la transición del Estado de Bienestar a uno neoliberal implica que éste se desembarace de ciertas estructuras y atribuciones. En efecto, la asunción de un nuevo rol estatal se traduce en la devolución de competencias a sus representados. El Estado retorna la responsabilidad de procurar por su propio bienestar a los ciudadanos desmantelando o limitando la generación de empleo en el sector público, acotando o eliminando sistemas de subsidios y asistencias sociales.

La gubernamentalidad neoliberal establece una forma de percibir la libertad individual de la ciudadanía a partir de una ilusión de autosuficiencia estrictamente personal basada en la aparente e ilimitada potencia productiva de la libertad y del tiempo físico. Se trata de una libertad puesta al servicio de uno mismo, no eminentemente para consagrar derechos ciudadanos sino, primero y principal, para sobrevivir y, luego, para auto-explotarse hasta realizar la forma más

acabada de emprendedor que se puede alcanzar. Semejante desvinculación del Estado respecto a sus representados precisa de otras operaciones. Una de ellas puede entenderse a partir del concepto de “dispositivo de transparencia” de Han (2014). Me refiero a que la ilusión de autosuficiencia se conjuga con el potencial debilitamiento de solidaridades de identificación basadas en los valores tradicionales de la política.

Si consideramos esto a la luz del “dispositivo de la transparencia” que según Han, propende a la eliminación de las negatividades que representan la otredad, la extrañeza, debido a la ilusión de autosuficiencia que obstruye la solidaridad de clases y la pertenencia a una comunidad, sea religiosa, cultural, étnica o política. Estos factores son desarticulados en pos de vehicular una positividad que, de otro modo, no podría ser proyectada: es decir, se desinterioriza a las personas desarmando obstáculos que ralenticen la comunicación. El sujeto del neoliberalismo propende a una forma de actuar que vuelve la hiperactividad una condición del éxito profesional: cada quien es responsable por su supervivencia y destino, y para que el trabajo devenga una actividad más eficiente, deben eliminarse las negatividades que disminuyan la potencia del rendimiento⁴.

4 Pese a que la naturaleza humana diste de aquella de las computadoras, incapaces de cuestionar una orden, carentes de negatividad, la subjetividad correspondiente a la preeminencia del neoliberalismo es una en la que “el poder de no hacer” es desplazado por la hiperactividad. Han rastrea en Nietzsche, la distinción entre potencias positiva y negativa, destacando la segunda como ámbito de contemplación, de razonamiento, de cuestionamiento frente a órdenes que una computadora solo puede aceptar y, acto seguido, procesar.

La transparencia opera en la disposición a excitar las actitudes confesionales del sujeto.

Desde el diseño arquitectónico de oficinas vidriadas sin muros, en las que aparentemente no existen jerarquías ni controles, a la propensión a hacer del cuerpo, la identidad, la cultura, las opiniones y saberes, activos para vender en redes sociales, el sujeto exhibe voluntaria y verborrágicamente, parte de sí. Lo hace desmaterializando su persona en *no-cosas*, en información a la que presenta como homenaje, como sacrificio, a la deificada pantalla del *smartphone*, en un intenso y seductor régimen de positividad donde el *like* se transforma en el *amén* (Han, 2022a, 2022b). La transparencia, alentadora, sugerente, se distingue del régimen de poder de muerte de la soberanía, de la disponibilidad y adiestramiento de los cuerpos de la disciplina, y desdobra la materialidad del ámbito de la vida humana para evitar el castigo y dejar que los sujetos se disciplinen ellos mismos a partir del entretenimiento.

La transparencia es positividad, señala Han (2022a, 2022b), y donde nada hay que ocultar, porque todo es voluntariamente exhibido, la dominación amable y el auto-control refuerzan una tendencia más notable hacia el auto-interés y la ruptura de vínculos comunitarios. En un capitalismo de cansancio, donde nadie se controla mejor que uno mismo, y donde el control está tan arraigado y diseminado que no se percibe como opresivo, el ejercicio de la libertad pasa a confundir espacios y tiempos de trabajo y de goce, que fungen en un continuum. La invitación a rendir y mostrarse hasta el agotamiento es entendida como la exaltación de la libertad, pero esta libertad es una donde un sujeto entretenido, pasivo, se muestra poco afecto a actuar políticamente.

La optimización del rendimiento deviene el telos que torna a la humanidad en máquinas de performance. La sociedad del rendimiento corroe la libertad generando múltiples constreñimientos a la vida. Precisamente, la indistinción entre vida y trabajo presupone la aparente desvinculación del sujeto respecto a una relación social de explotación por otro: un agente de la clase dominante. En cambio, el explotador es interiorizado en el alma. Como el sujeto no puede movilizarse políticamente en contra de su alma ni denunciar una relación de dominación injusta externa a su persona, esta configuración subjetiva tiende a instar a un peculiar ejercicio de la libertad como un emprendedor.

Esta configuración subjetiva no admite la enunciación política por la negativa. Además, Han (2015) reflexiona en torno a las nociones arendtianas del animal laborans, distinguiendo al sujeto del rendimiento de un actor pasivo, anónimamente abocado a la labor. El animal laborans contemporáneo no abandona su individualidad, por lo contrario, es empujado a exaltarla. No es pues la supervivencia de la especie lo que recae bajo su responsabilidad, sino la propia: a ello se consagra.

La libertad pareciera confundirse, o limitarse, a la disposición del tiempo físico a la auto-explotación y no a la acción política propiamente entendida como deliberación, discusión y persuasión acerca de los asuntos públicos, entre sujetos libres e iguales. Aquí la desigualdad material es tanto una condición como una consecuencia necesarias, aunque no cuestionadas, de la necesidad de autoexplotación que percibe el sujeto del rendimiento, mientras que la actividad política pasa a circunscribirse a la elección de sujetos capaces de facilitar las condiciones para que dicha auto-explotación tenga lugar.

Ahondando esta cuestión, Han (2014) caracteriza la dimensión política del sujeto del rendimiento como votante devenido en consumidor desinteresado de la configuración activa de la comunidad: ni dispuesto, ni capacitado para la acción política común. Por su parte, los partidos reaccionan a esto como si fueran proveedores de “satisfacción” a consumidores: votantes y partidos reflejan una pasividad común frente a la acción política, limitando sus libertades para actuar políticamente.

La sociedad de la transparencia de Han, fundante de una “democracia de espectadores”, es consistente con la erosión de las nociones clásicas de la democracia liberal según Brown (2015). Antes de entrar más en Brown, veamos una consideración de Han acerca del poder, delineada en conformidad con la analítica foucaultiana compartida por ambos. La economía del ejercicio del poder que Han (2015) observa como propia del régimen neoliberal es progresivamente permisiva: depone su negatividad ofreciendo una libertad⁵ tal que el sujeto sometido no cobra conciencia de su situación, en cambio, se somete al entramado de dominación. Esta economía del poder promueve la complacencia y no la prohibición: excita, motiva a hacer, no obstaculiza ni sustrae. Lo que se aprehende, en otras palabras, es una mutación con respecto al esquema de las disciplinas y la negatividad del adiestramiento normativo.

Políticas de verdad, juegos de libertad

El homo economicus del neoliberalismo puede pensarse como un sujeto sistemáticamente propenso a responder a las modificaciones en las variables presentes en su entorno. Éste ha cesado de ser un socio, competencia o cliente en la forma clásica del liberalismo: su relación de explotación es consigo

5 “La política moderna se caracteriza por la emancipación del orden trascendente, esto es, de las premisas fundamentadas religiosamente. Solo en la Modernidad, en la que los recursos de fundamentación trascendentes ya no tuvieran validez alguna, sería posible una política, una politización completa de la sociedad. De este modo, las normas de acción se podrían negociar libremente. La trascendencia cedería ante el discurso immanente a la sociedad. Así, la sociedad tendría que levantarse de nuevo desde su immanencia. Por el contrario, se abandona de nuevo la libertad en el momento en que el capital se erige en una nueva trascendencia, en un nuevo amo. La política acaba convirtiéndose de nuevo en esclavitud. Se convierte en un esbirro del capital.” (Han, 2014; 19)

mismo, y su correlato es el de la gubernamentalidad.

Lemke (2002) repara en la vinculación semántica entre gobernar y modos de pensamiento, señalando que el estudio de las tecnologías de gobierno no es posible sin el análisis de las racionalidades políticas que las mueven. Asimismo, la noción pone en juego el lazo entre formas de poder y procesos de subjetivación, lo que nos lleva a reparar en que para Foucault (2014) el acto de gobernar es una conducta misma: la conducción de la conducta, que varía desde el gobierno de sí al gobierno de otros.

El neoliberalismo introduce una reformulación sobre el poder y los medios del gobierno. El cuerpo sin cabeza del Estado estructura un campo de acción posible para una multitud de individuos responsables de gobernarse a sí mismos. El consenso y la violencia no representan aquí los fundamentos del poder sino elementos e instrumentos de su manifestación: no los medios para configurar cuerpos dóciles sujetos al esquema de las disciplinas, sino para inspirar cuerpos “autónomos” y capaces de auto-control.

Lemke (2002) sugiere entender el movimiento de Foucault hacia el estudio de la gubernamentalidad como un esfuerzo por precisar la observación de la relación entre libertad con formas políticas de gobierno y explotación económica. La gubernamentalidad distingue las relaciones de poder como “juegos estratégicos entre libertades”. En ellos, un actor o grupo pretende incidir en la conducción de la conducta de otro/s. Entre juegos estratégicos de libertades y los estados de dominación (el poder), se yerguen las tecnologías de gobierno (Foucault, 2012).

El poder puede percibirse, pues, como juegos estratégicos (la estructuración de campos posibles de acción de otros sin necesariamente ejercer coerción sobre sus intereses), como gobierno (los modos sistematizados, regulados y reflejados de poder que siguen una racionalidad para definir horizontes de acción o adecuar los medios para alcanzarlo: las tecnologías) y como dominación (la sistemática y estabilizada relación asimétrica entre actores a partir de los efectos de las tecnologías de gobierno).

Las racionalidades políticas establecen un campo discursivo en el que el ejercicio del poder se vuelve “racional”. En dicho campo se inscriben prácticas o sistemas de prácticas, es decir, formas de saber que contribuyen al gobierno de nuevos dominios de regulación e intervención. La gubernamentalidad articula, pues, un “saber político” que establece “políticas de verdad” acerca de qué constituye un problema y cuáles son los oficios idóneos para abordarlo. Sin comprender qué racionalidades políticas entran en juego no puede, por tanto, comprenderse qué tecnologías de gobierno derivan de ellas (Rose, O’Malley, Valverde, 2009).

Enfaticemos un punto que es más que una salvedad: no

existe coherencia ni consistencia plena entre racionalidades y tecnologías, sino discontinuidades, adaptación y ejercicios que suponen posibles refinamientos. Es por esto que las racionalidades constituyen la realidad como un permanente “fracaso” de los programas de gobierno (Lemke, 2002). La lectura foucaultea sobre gubernamentalidad neoliberal comprende, pues, al Estado como una articulación de tácticas y relaciones de poder no necesariamente reductibles a su esfera pero que sí se ocupa de estabilizar. El Estado redefine constantemente aquello que comprende bajo su ámbito. Consiguientemente, los autores de esta corriente plantean que puede su supervivencia y sus límites pueden ser interpretados rastreando y analizando las tácticas generales de gubernamentalidad, que constituyen un elemento y un efecto del despliegue de tecnologías de gobierno (Foucault, 2012; Lemke, 2001, 2002).

Lo que vuelve específicas a estas tecnologías es el tipo de sujeto que construyen, por ejemplo, cuando el Estado devuelve a los ciudadanos un conjunto de responsabilidades de los que dejará de hacerse cargo. El homo economicus del neoliberalismo, sujeto “racional”, enfrentará por su cuenta riesgos sociales y procurará su propio sostén. Orientándose a partir de estímulos y desincentivos, este sujeto calculará costos y beneficios de cada decisión como si fuera un actor económico en prácticamente cada ámbito de su vida (Brown, 2015). La racionalidad política del neoliberalismo forja, así, individuos morales, responsables, económico-rationales (Lemke, 2002).

La racionalidad neoliberal propugna configurar, pasando en limpio, sujetos gobernables sobre la cualidad moral del cálculo de costos/beneficios de actos de los que son libremente responsables, es decir, que son consecuencia de sus decisiones conscientes tomadas a partir de la libertad de una elección. El gobierno, la orientación, la conducción de estas conductas presumiblemente racionales, condensa aquella referencia a los juegos estratégicos de libertades y de poder. Las tecnologías de gobierno pueden entenderse, entonces, como los medios e instrumentos para que dicha conducción ocurra conforme a la vocación de gobierno de un actor sobre otro.

Mercado y régimen de veridicción

Es el momento de referirnos a Wendy Brown, autora que actualiza las preguntas y formulaciones de la literatura foucaultea que venimos reseñando. Lo hace reconociendo los límites de sus postulados, pero no siempre traspasándolos. Repasemos aquí los aportes más elementales de dos libros suyos, en los que propone una nueva comprensión de las transcripciones del profesor Foucault. A la luz de los acontecimientos recientes, ¿qué hay de anacrónico en su mirada? ¿En qué sentido puede ésta actualizarse? Otras preguntas notables tienen que ver con las lagunas y las cosas

que Foucault dejó fuera, ¿a raíz de las propias derivas de una vasta agenda de investigación, acaso por falta de interés o de tiempo?

En efecto, Brown ha estudiado la gubernamentalidad neoliberal en profundidad. Sus análisis significan un aporte que renueva la vigencia de la noción para pensar problemáticas contemporáneas en distintos sentidos. Existe, sin embargo, un mar de diferencias entre el contexto de publicación de su libro de 2015, *Undoing the demos*, y aquel de 2019, *In the ruins*. En este último, Brown reflexiona sobre los rasgos de un mundo en el que los postulados del neoliberalismo y su desdén tradicional por la democracia como forma de organización de vida colectiva parecen convivir confusos, mezclados, incluso distorsionados, por proyectos autoritarios, nacionalistas y decididamente, anti-democráticos, en otras palabras, aquellos regímenes que repugnaban a los ordoliberales y neoliberales, quienes bregaban por la separación entre política y mercado.

Aquí me centraré en las discusiones del primer libro ya que nos permiten sumergirnos más en la discusión epistemológica y genealógica de las nociones fundamentales de la gubernamentalidad neoliberal. Reservaré, pues, un sitio especial para reflexiones en línea con las advertencias de la autora en *In the ruins* en las conclusiones de este artículo.

Una pregunta clave que Brown asume para entender las implicancias políticas al respecto de la mutación que ocurre en la producción de subjetividades es la siguiente, ¿qué rasgos son distintivos de la economización que se realiza en los términos del neoliberalismo? La cuestión podría sintetizarse así,

“Si bien el *homo politicus* es obviamente estrechado en las democracias liberales modernas, es sólo a través del ascenso de la razón neoliberal por lo que el sujeto ciudadano se convierte de un ser político a un ser económico y que el estado es rehecho de uno fundado en soberanía jurídica a uno modelado en una empresa.

Como el neoliberalismo somete todas las esferas de la vida a la economización, el efecto no es simplemente reducir las funciones de estado y ciudadano o ampliar la esfera de libertad económicamente definida a expensas de la inversión común en la vida pública y bienes públicos. En cambio, es atenuar radicalmente el ejercicio de la libertad en las esferas políticas y sociales.” (Brown, 2015; 108).

La autora recuerda que Foucault no llegó a advertir en su momento en qué grado la economización descripta atravesaría el cuerpo social. Dicha mercantilización de la vida no implica, por cierto, una monetización. Brown apunta a desmenuzar cómo el despliegue de la razón neoliberal promovió la

diseminación del modelo de mercado a todos los dominios y actividades del hombre como especie, configurándolo predominantemente como actor del mercado.

“ El *homo economicus* deviene un emprendedor en cada ámbito de su vida, reorientando la relación que traba, en tanto ciudadano, consigo mismo y su libertad. Como se dijo, esto significa que la persona pasa a invertir en sí en tanto activo o capital, proyectándose para aumentar su valor. ”

Es decir, se da una economización de esferas no económicas (dominios de actividad para los sujetos), no necesariamente una monetización, sino, parafraseando a Foucault (2012), la difusión y multiplicación de la forma de la empresa dentro del cuerpo social: el *homo economicus* deviene un emprendedor en cada ámbito de su vida, reorientando la relación que traba, en tanto ciudadano, consigo mismo y su libertad. Como se dijo, esto significa que la persona pasa a invertir en sí en tanto activo o capital, proyectándose para aumentar su valor, es decir, mejorando su competitividad frente a otros para ofrecerse, pero también, volviéndose dispensable ante el mercado y la comunidad política.

Se trata de un nuevo modelo de conducta respecto a los tipos de *homo economicus* descriptos por teóricos a lo largo de la historia del liberalismo, pues éste sujeto está forjado en el modelo del capital financiero. En síntesis, éste cultiva su valor, propiciando aumentarlo, para venderse a otros como una mercancía, como si cada esfera de su vida fuese mercantil. ¿Qué implica esto para la experiencia de vida colectiva en democracia? Más aún, intentando responder esta pregunta en un contexto de conflicto etno-nacional específico, ¿cómo se manifiesta este tipo de mutación en dichos contextos? La autora da una pauta que tomaré para reflexionar sobre ello:

“Cuando la construcción de los seres humanos y la conducta humana como *homo economicus* se extiende a todas las esferas, incluida la de la vida política misma, transforma radicalmente no solo la organización, sino también el propósito y el carácter de cada esfera, así como las relaciones entre ellas. En la vida política, [...],

la neoliberalización transpone los principios políticos democráticos de justicia en un idioma económico, transforma al propio estado en un administrador de la nación según el modelo de la empresa [...], y vacía gran parte de la sustancia de la ciudadanía democrática e incluso la soberanía popular. Así, un efecto importante de la neoliberalización es la derrota del ya anémico *homo politicus* de la democracia liberal, una derrota con enormes consecuencias para las instituciones, culturas e imaginarios democráticos.” (Brown, 2015; 35)

Un aspecto interesante en el que el neoliberalismo también opera es su capacidad de intensificar o alterar la subordinación del género en la división del trabajo según la categoría de *fémica domestica*. En otras palabras, la ascendencia y diseminación del *homo economicus* invisibiliza y prospectivamente altera los modos en que la mujer es relegada a actividades tradicionales como cuidadora del hogar, al margen del mercado de trabajo y de formas de explotación (o rendimiento) a las que se integra el hombre. La programación de un idioma económico, emprendedor, presenta el potencial de exacerbar una percepción igualadora del mercado en el que las consignas de reparación histórica y de transformación de los movimientos de mujeres pierdan eficacia o sentido amalgamador, incluso, a nivel interseccional por clase, etnia, religión, y otras formas de identificación.

Sin embargo, la eliminación de externalidades negativas y el presunto avasallamiento de la dimensión del género como factores que susciten expresiones donde lo distinto, lo otro, deviene visible, representable, es decir, adquiere una irrupción política, componen acaso algunas de las tantas mutaciones introducidas por la gubernamentalidad neoliberal respecto a la democracia liberal. En el presente, están lejos de representar las únicas, si acaso, las más notorias reacciones en su contra.

Si bien *En las ruinas* probablemente requiera de una lectura que actualice reflexiones que tuvieron lugar antes de la pandemia global del COVID-19, hasta el momento, constituye la última publicación de relevancia en que Brown reexamina las consecuencias del orden de razón normativo neoliberal. La autora se enfoca preponderantemente en la experiencia norteamericana como referente de observación, y queda pendiente una examinación de otras realidades contemporáneas que, probablemente, comparten rasgos con las prácticas discursivas y extradiscursivas pertinentes al gobierno de Donald Trump y a grupos simpatizantes, asociados al supremacismo blanco.

En aquellas páginas, la autora indaga hondamente en los escritos de Friedrich von Hayek. Se centra en ellos en desmedro de otros autores como Milton Friedman, pues considera que la obra de Hayek presenta una genealogía,

ontología y epistemología más sistemáticamente acabada de lo que representa al neoliberalismo. Fruto de este esfuerzo, Brown señala, leyendo también a Melinda Cooper, que el neoliberalismo no constituye un proyecto mera o exclusivamente economicista, sino también y eminentemente moral.

El proyecto neoliberal, señala Brown (2019), articula una serie de defensas del mercado y de una moral, tradicional y conservadora, respecto a las instituciones democráticas y relega o no llega a teorizar lo político.

Como resultado no deseado, incluso, perturbador para los propios teóricos del neoliberalismo, este proyecto provoca el ulterior surgimiento histórico de los movimientos y partidos contemporáneos de extrema derecha. Me refiero con esto al ascenso de neo-autoritarismos y neo-populismos con agendas anti-democráticas (rechazo a los Derechos Humanos, al multipartidismo, a los organismos internacionales, a la integración regional) y de ideologías nacionalistas, supremacistas y xenofóbicas.

Postula Brown que el desmantelamiento de las instituciones democráticas, el rechazo a la justicia social, la economización de lo público, proclamas bramadas por Hayek al escudar el binomio mercado-moralidad, ha tendido históricamente, pues, a la configuración de programas políticos que conjugan el par neoliberalismo y autoritarismo. Pese a que esta fusión trastorna o distorsiona planteos elementales del propio neoliberalismo, debe tomarse como un resultado presente de la destrucción del Estado de Bienestar, de la desindustrialización, de la desestructuración de identidades sociales y políticas basadas en el mutualismo gremial de sindicatos, grupos migrantes y minorías asociados a colectivos de trabajo.

Liberada de la intrusión de valores democráticos, la libertad ha cultivado un nihilismo tal que se convierte en el principal ariete contra los remanentes últimos de la democracia, en la forma de chauvinismos exacerbados, en la reivindicación de categorías tales como el pueblo auténtico. Este mundo difiere del presente examinado por Foucault en sus últimas lecciones, registradas con resonantes grabadores. Sus ecos siguen dando qué pensar ante expresiones igualmente atronadoras, como aquella que en esos mismos años 80s, sentenció, “no existe tal cosa como la sociedad”. El análisis de la subjetividad política característica de nuestro presente, requiere esfuerzos por capturar, en la psique del *homo economicus* del neoliberalismo, una moral que presenta la libertad como dispositivo de autodefensa contra el encuentro y la asociación de lo nativo con lo diverso, es decir, que alza nuevamente barreras ante externalidades que vuelven a codificarse con el estigma de un polo negativo.

Palabras finales

La publicación póstuma de clases, conferencias y manuscritos incompletos ha fecundado un campo de indagación sumamente rico y vasto. Las nociones foucaulteanas de biopolítica y su lectura sobre el neoliberalismo se han topado tanto con los límites propios a cualquier herramienta teórico-metodológica, pero también, con las barreras del tiempo. Nuestra contemporaneidad pareciera corresponder, en parte, a elementos que Foucault observó hasta su fallecimiento en los años 80s. Empero, cada autor referenciado aquí admite que la vigencia de la caja de herramientas se mantiene intacta por su potente carácter imaginativo, más que por una correspondencia exacta entre los hechos y la teoría sustantiva que se intenta aplicar para aprehenderlos.

Sería injusto pedir un comentario a Foucault sobre aquello que nunca llegó a observar, más aún, solicitar que las categorías pergeñadas, incluso, aquellas que no alcanzó a definir del todo, encajen con otro presente. Sin embargo, la inspiración que brota de sus textos es iluminadora. Inquieta, incentiva, invita a reflexionar. De ahí que su contemporaneidad se sostenga.

La neoliberalización no es un proceso homogéneo y pese a ciertas regularidades, su discontinuidad geográfica y temporal, más que conducir, produce y es producida a partir de realidades divergentes (Brenner, Peck & Theodore, 2010a, 2010b). La configuración de subjetividades conforme a la grilla de inteligibilidad del homo economicus y su inscripción al mercado, han tenido efectos profundos en la conformación de identidades políticas y de prácticas que refuerzan una tendencia al aislamiento, el egoísmo, el cansancio (Brown, 2015; Han, 2015, 2014).

De régimen de muerte a un régimen de vida, la positividad exagerada de la transparencia y la economización de todos los órdenes de la vida han fungido la libertad con una moral que trastorna la reproducción de lazos entre individuos a partir de colectivos comunitarios y políticos. Las actuales derivas de la democracia, su debilitamiento, el desprecio a sus instituciones y valores, son tan solo algunos de los efectos que las embestidas de estos procesos variegados. La interpretación de los desafíos presentes de la democracia, de sus eminentes puntos de fuga hacia horizontes autoritarios, requiere un ejercicio de imaginación e interpretación que amplíe la caja de herramientas: que invite a realizar movimientos de indagación originales, que se enfrenten con nuestro tiempo. Movimientos semejantes a los que inspiraron las notas detrás de las clases registradas en fugitivos cassettes ●

Bibliografía

- Biebricher, T. (2011) The Biopolitics of Ordoliberalism. *Foucault Studies*, No. 12, pp. 171-191.
- Brenner, N., Peck J., and Theodore, N. (2010a) Variegated neoliberalization: Geographies, modalities, pathways. *Global Networks*, 10, 1-41.
- Brenner, N., J. Peck and N. Theodore (2010b) After neoliberalization? *Globalizations*, 7.3, 327-45.
- Brown, W. (2015) *Undoing the demos: neoliberalism's stealth revolution*. NYC: Zone Books.
- Brown, W. (2019) *In the ruins of neoliberalism: the rise of antidemocratic politics in the West*. NYC: Columbia University Press.
- Brockling, U. (2011) Human Economy, Human Capital: A Critique of Biopolitical Economy en Bröckling, U., Krasmann, S. & Lemke, T. eds., *Governmentality Current Issues and Future Challenges*, pp. 247-269. NYC: Routledge.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1987) *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press. Traducido por Brian Massumi.
- Dilts, A. (2011). From 'Entrepreneur of the Self' to 'Care of the Self': Neo-liberal Governmentality and Foucault's Ethics. *Foucault Studies*, 12, 130-146.
- Foucault, M. 2012 *Nacimiento de la biopolítica*. Bs.As.: FCE.
- Foucault, M. 2014 *Seguridad, Territorio, población*. Bs.As.: FCE.
- Foucault, M. 2014b *El gobierno de sí y de los otros*. Bs.As.: FCE.
- Foucault, M. 2014c *Defender la Sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. México: FCE.
- Han, B-C (2022a) *No-cosas. Quiebres del mundo de hoy*. Buenos Aires: Taurus.
- Han, B-C (2022b) *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*. Buenos Aires: Taurus.
- Han, B-C (2015) *The burnout society*. California: Stanford University Press. Trad.: Erik Butler.

Han, B-C. (2014) *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder.

Lemke, T. (2001) «The Birth of Bio-Politics» – Michel Foucault's Lecture at the Collège de France on Neo-Liberal Governmentality. *Economy & Society*, Vol 30. No. 2, 190-207.

Lemke, T. (2002). Foucault, Governmentality, and Critique. *Rethinking Marxism*, 14 (3), 49-64.

Peck, J. (2011) Geographies of policy: From transfer-diffusion to mobility-mutation. *Progress in Human Geography* 35(6) 773–797

Peck, J. & Theodore, N. (2007) Variegated capitalism. *Progress in Human Geography*, 31: 731–772.

Peck, J., Theodore, N. & Brenner, N. (2013) Neoliberal Urbanism Redux? *International Journal of Urban and Regional Research*, 37, 3, 1091–9

Rose, N., O'Malley, P. & Valverde, M., (2009) Governmentality. *Annual Review of Law and Social Science*, Vol. 2, pp. 83-104; Sydney Law School Research.